



De entre todos los misterios del Rosario, el de Pentecostés se diferencia de los demás porque es el único en el que el protagonista no es ni Cristo ni la Santísima Virgen, sino el Espíritu Santo, aunque la Santísima Virgen ocupe en él un lugar esencial. Hoy meditaremos más concretamente sobre el papel del Espíritu Santo.

El misterio de Pentecostés plantea, en efecto, una pregunta fundamental: ¿Por qué, tras haber completado la obra de la Redención, Nuestro Señor insistió en que debía volver al Padre para enviarnos al Espíritu Santo? Sus palabras son muy misteriosas: *«Es mejor para vosotros que yo me vaya; porque si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros»* (Jn 16,7).

Sin embargo, acababa de decir a los apóstoles: *«Y yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo»* (Mt 28,20). Una vez más, dado que Cristo está con nosotros —realmente presente en su Eucaristía—, ¿por qué tiene que enviar al Espíritu Santo?



Para intentar comprender estas palabras hay que considerar el misterio de la Santísima Trinidad en sí mismo. Aunque las tres Personas divinas actúan siempre juntas, la historia de la Salvación manifiesta más particularmente la acción de cada una de ellas. Así, podemos distinguir tres etapas. En la Creación y en el Antiguo Testamento, descubrimos sobre todo la obra del Padre. La segunda etapa, muy breve en comparación con las otras dos, es la de Cristo. Jesús viene a cumplir todas las promesas del Antiguo Testamento. Nos trae su luz y sus enseñanzas, realiza su sacrificio redentor y manifiesta su gloria mediante su Resurrección. Y nos da una Madre: María.

En Pentecostés comienza, más concretamente, la era del Espíritu Santo. Él ya actuaba desde el principio, pero su acción se manifestará a partir de ahora de una manera nueva. Desciende sobre la Iglesia naciente para desempeñar en ella un papel esencial. Pero, concretamente, ¿cuál? Intentemos abordar con humildad esta cuestión. Sabemos que la Iglesia es el Cuerpo místico de Cristo: Nuestro Señor es su Cabeza y nosotros somos sus miembros. Por otra parte, Cristo permanece realmente en la tierra entre nosotros, más concretamente en la Eucaristía, donde está presente con su Cuerpo, su Alma y su Divinidad. Entonces, ¿qué falta?

Ser miembro del Cuerpo místico de Cristo significa mucho más que estar simplemente junto a Él: es estar unido a Él hasta el punto de formar un solo Cuerpo con Él y participar así en su vida divina por la gracia. Ahora bien, nuestra naturaleza humana es incapaz, por sí misma, de participar en esta vida divina. Precisamente por eso Cristo nos envía al Espíritu Santo, que viene a morar en nosotros para hacernos capaces de ello. Es Él quien nos santifica, nos une a Cristo y nos permite participar progresivamente en su vida divina. Al morar en cada uno de nosotros, el Espíritu Santo nos une unos a otros y a Cristo para formar un único Cuerpo vivo. Y así, unidos a Cristo en el Espíritu Santo, podemos llegar al Padre.

Un gran predicador de finales del siglo XIX, monseñor Charles-Louis Gay, lo explica magníficamente:

*«El Espíritu de Dios, el Espíritu de Cristo, el Espíritu de la Iglesia, el espíritu cristiano y católico, en el fondo, son uno mismo. De hecho, el Espíritu enviado al Cenáculo no solo une a Jesús con la Iglesia, sino que se une a sí mismo a esta Iglesia amada, y de una manera inexpressablemente íntima».*

Cuando se comprende esto, ¿cómo no quedarse sin aliento, ante lo vertiginosa que es esta acción de Dios en nosotros? ¡A qué dignidad inconmensurable está llamado el hombre! ¡Y cuán incomparable es la Iglesia con respecto a todo lo que existe en la tierra!

Esta comprensión del papel del Espíritu Santo nos permite también entender mejor el concepto de pecado mortal. Por el pecado mortal, perdemos la gracia santificante y dejamos de ser el templo vivo

del Espíritu Santo. Privados de esa presencia que nos unía a Cristo, quedamos entonces separados de su

vida divina. Si morimos en este estado, sin arrepentirnos, no podemos llegar al Padre y vamos al infierno, pues nadie va al Padre sin pasar por Cristo, sin estar unido a Él por la gracia.

Veamos ahora cómo actúa el Espíritu Santo y, para ello, valgámonos de los signos visibles que Él eligió para manifestarse en Pentecostés. En primer lugar, observemos que el Espíritu Santo no se manifiesta en el exterior, sino en el interior de una casa, el Cenáculo. Entra en ella bajo la forma de un viento poderoso que llena toda la casa. Podemos ver en el Cenáculo una imagen de la Iglesia sobre la que Cristo acaba de enviar al Espíritu Santo. Ahora bien, el viento se siente, pero no se ve. De este modo, manifiesta esa acción invisible del Espíritu Santo que penetra en toda la Iglesia, la llena y la vivifica.

Luego aparecen las lenguas de fuego, que se posan individualmente sobre la Santísima Virgen y los Apóstoles. Esta vez manifiestan la acción personal del Espíritu Santo en cada uno de los miembros de la Iglesia. Por el bautismo, nos convertimos, en efecto, verdaderamente en el templo del Espíritu Santo y lo seguimos siendo mientras permanecemos en estado de gracia. San Pablo lo afirma: *«¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?» (1 Co 3, 16)*

Cuando el Espíritu Santo habita en nosotros, actúa en nuestras almas. Nos ilumina, nos fortalece y nos eleva hacia Dios, sobre todo mediante la acción de sus siete dones.

El fuego mismo expresa varios aspectos de esta acción del Espíritu Santo. Es, en primer lugar, el fuego del amor divino, la caridad que Él derrama en nuestros corazones. Es también el fuego que purifica nuestra alma de lo que la aleja de Dios. Por último, estas llamas adoptan la forma de lenguas, anunciando la misión que comienza en Pentecostés: llenos del Espíritu Santo, los apóstoles salen del Cenáculo para anunciar a Cristo. De este modo, manifiestan ese impulso apostólico al que, siguiendo sus pasos, están llamados todos los cristianos.

Este es uno de los grandes frutos del misterio de Pentecostés: el apostolado entre las almas. Ser miembro de la Iglesia católica no consiste solo en recibir los sacramentos y trabajar por la propia santificación. También significa ser misionero. Y para ello, no hace falta ir muy lejos. Hoy en día, hay tantas personas a nuestro alrededor que carecen de la verdadera fe, ya sea porque pertenecen a otra religión o porque no creen en nada. Esta es la misión que nuestro Señor mismo nos ha confiado: *«Id, pues, y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado» (Mt 28, 19-20).*

La parábola del buen samaritano nos muestra nuestro deber de acudir en ayuda de quienes sufren aflicciones terrenales. ¡Cuánto más debemos acudir en ayuda de las almas para que no sufran por toda la eternidad! Estas dos formas de caridad son, por otra parte, inseparables, pues tienen la misma fuente: el amor al prójimo.

Pentecostés nos envía, pues, a trabajar por la conversión de los demás. Es un deber, no una mera posibilidad. Este apostolado puede realizarse de dos maneras complementarias: mediante la acción directa, sobre todo a través de la palabra, el diálogo y el ejemplo, pero también mediante la oración y el sacrificio.

Esto es precisamente lo que la Santísima Virgen nos pidió en Fátima, al ofrecernos un medio de apostolado accesible cada día, sea cual sea nuestra situación: ofrecer las dificultades de nuestro deber de estado por la conversión de los pecadores. Así, incluso sin encontrarnos con nadie, podemos ejercer un apostolado de gran poder por medio de María, respondiendo a su petición: *«Sacrificaos por los pecadores y decidle a menudo a Jesús, especialmente cuando hagáis un sacrificio: Oh Jesús, es por amor a Ti, por la conversión de los pecadores y en reparación de los pecados cometidos contra el Corazón Inmaculado de María».*

A *continuación*, Nuestra Señora muestra el infierno a los tres pequeños videntes y les dice: *«Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, pues muchas almas van al infierno porque no tienen a nadie que se sacrifique y rece por ellas».*

Por último, este apostolado se refiere también a los primeros sábados del mes. Si los practicamos nosotros mismos, lo cual está muy bien, también debemos dar a conocer a nuestro alrededor este

medio querido por Dios para obtener la paz por medio del Corazón Inmaculado de María. Debemos hablar de ello a nuestro alrededor y contribuir a darlo a conocer. Debemos convertirnos en misioneros de los primeros sábados.